

Waldo Medina

Mayo 10/53

Amor de Madre

EN lo hondo de todó corazón femenino palpita siempre un sentimiento de permanencia, de inmortalidad. Es el signo primario por excelencia de la especie. De este sentimiento creador le viene a la mujer ese exquisito don de mirar el mundo con ojos y con alma de madre.

Pór eso el poeta de "Canción de Cuna" afirma su palabra de "que toda mujer porque Dios lo ha querido en su corazón lleva un niño dormido". De ahí su sensibilidad y ese encantador instinto de conservación que caracteriza a la madre y que en su querer "es crisol que depura a la hermosura misma de la misma hermosura". Las plantas, los animales los hombres no son para ella problemas de conocimiento —dice Gina Lombroso— sino seres capaces de sufrir y gozar, seres hacia los que se siente ligada no por el conocimiento sino por el amor.

En el regazo de la mujer, sobre todo de la madre, encuentra el hombre tibio consuelo y piadoso acogimiento, singularmente cuando ese hombre es desgraciado o débil. Muchas experiencias comprueban cómo la mujer atierna sus manos y endulza su voz delante del hombre —"frente con duelo y trabajadas sienes"— indefenso por la enfermedad o la vida. Recuérdese a este propósito aquel grupo escultórico que representa a la maternidad cabal: Una anciana arrugada aduerme sobre sus piernas, con la cabeza entre los brazos a un hijo ya vie-

jo, barbudo y abatido por los desengaños.

Lo arroba y aupa como si fuera un niño. Y no se trata de que para las madres los hijos siempre son niños aunque fueren viejos; es que toda mujer de acusada feminidad está siempre dispuesta a la compasión.

La madre, madre en la realidad biológica o en la verdad indiscutida del espíritu, la que ha amasado con la materia de que están hechos los sueños y los ensueños al hijo de su carne o al de su corazón sentidor, presupone una conciencia amorosa en plenitud. Sin saberlo quizá, ella, la mujer así de maternal, está toda impregnada de amor. Y es tan natural este amor como el aire y el agua que están en todo. La penetra por entero en su ser, la nutre de vida, la llena de sentido y la hace portadora del supremo valor de la belleza —aun cuando fuere fea— es decir, del amor. Pienso que si el mundo se mueve por esa fuerza cósmica del amor es porque la fuente primera de la vida se incuba en la mujer, en la madre. De esta plenitud amorosa que le abre caminos a la vida le viene esa su riqueza espiritual. De su piedad y de esa cierta y encariñadora ternura cuando dice "mi hijo", mi amor en la eternidad de su llamado sobre la cuna en su arrurrú o sobre la tumba en su rezo y en su llanto derivan todos los amores humanos e inclusive hasta el amor divino, porque antes que todo, Dios mismo, salió de un seno de mujer.

La madre, pues, la que siempre perdona aunque no se merezca el perdón, atesora y depura en su puro amor todo cuanto toca a su hijo, que será feo para otros, menos para ella.

Decir madre es decir instrumento de la causa mejor de la

vida, que es la vida misma. Ella se levanta desde la sombra del génesis a la luz. Y es la primera que se arrodilla para mirar los astros y pedir protección para la prole. Y nadie sabe arrodillarse ni andar con paso más firme que una madre con el hijo a cuestas. Y es la esperanza, que si no tuviese este nombre, se llamaría madre. Aborrecer que es contrario a amar y al amor de madre, como tantas otras palabras que dicen del odio, de la guerra, de la destrucción no figuran apenas en el lenguaje de las madres. Por eso todas las madres del mundo aman la paz, la luz del día naciente, las plantas que crecen, las bestias que procrean, los animales domésticos. Por eso también se consideran a las madres como prendas de salvación, de purificación, de fuerza creadora y en perenne renovación.

En su desventura los hombres que no tienen amor, pero conservan el de su madre escapan a la radical soledad en que viven y mueren. No cree el hombre de veras en la muerte—dice Martí—hasta que su madre no se le va entre los brazos. Como de ella venimos, algo nos impulsa secretamente a seguirla y por eso pensamos en la muerte después que ella se ha ido.

Madre viva o muerta, conocida o desconocida, vive sin embargo en el alma de la criatura humana que, quiera o no, en algún momento se preguntará la razón de su ser, de sus anhelos, de sus esperanzas, de su trémula idiosincrasia. Y le hablará el lenguaje eterno que nos salva en el amor de mujer o en el amor a los demás, en la belleza y armonía de los mundos —mundos íntimos o mundos del espacio— siempre creado y recreado por la conciencia amorosa de las madres.



WALDO MEDINA

M, Mayo 10/53



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA